

## Diana de Gales: ¿un mito del siglo XX? (Reflexiones intempestivas)

José L. Rozalén Medina

Catedrático y doctor en Filosofía. Miembro del Instituto E. Mounier.

«Los excelentes han muerto: ¡Viva la vulgaridad!», podría ser el desmoralizador y preocupante grito que parece emanar continuamente de la miseria espiritual de muchos medios de comunicación social, de abundantes sectores de la vida misma. Por otra parte, hemos de pensar que una de las principales tareas de los educadores será siempre proponer *modelos de excelencia*, que sirvan de *ideales de acción* a nuestros jóvenes alumnos. No podemos, pues, quedarnos de brazos cruzados.

Si la escuela abandona la tarea de proponer estas *nobles metas*, aquellas que deben procurar el conocimiento objetivo de la realidad, la autonomía moral, el coraje de saber vivir con dignidad, vendrán pronto otros pseudoeducadores, que guiados por los fines espúreos del dinero, del sexo, del poder, de la corrupción, de la prepotencia de cualquier tipo, del desprecio racista... y amparados en los inmensos tentáculos mediáticos impondrán su ley, la ley de la ignorancia, de la zafiedad, de la frivolidad sin fuste, de la vaciedad absoluta de valores.

Por eso, ante un acontecimiento de dimensiones sociales planetarias, como ha sido la trágica muerte de la princesa Diana de Gales, o ante cualquier otro que se pueda producir en cualquier momento (puesto que vivimos en un mundo que gira a velocidad de vértigo y engulle a sus héroes

casi sin deglutirlos), pienso que debemos reflexionar en las aulas, para ejercer con nuestros alumnos/as, en libertad y en intento de racionalidad luminosa, la *paideia* diaria que nos dignifica y nos justifica como profesores, aunque sean, como éstas, reflexiones intempestivas en momentos de sensiblería desbocada.

En mi sabia tierra castellana dice un refrán, refiriéndose al día de nuestra muerte:

«¡Dios



nos libre del día de las alabanzas!». Pues, eso. Creo que ya se han agotado todos los teletipos, se han proyectado todos los reportajes y biografías contando y cantando la

vida y la muerte de esta ajetreada y desgraciada mujer, su enfrentamiento a la anquilosada monarquía inglesa, la responsabilidad de los *paparazzi* en la trágica muerte... Han caído (y ya se habrán secado) todas las lágrimas de cocodrilo rosa del mundo «couché», estéril y morboso. Le han llegado a llamar, ridículamente, «reina de los pobres», y cualquier día piden su beatificación como «virgen y mártir».

Vaya por delante que me duele, como a todo ser bien nacido, la muerte violenta de cualquier persona, sobre todo cuando esa persona es joven y tiene una vida por llenar, unas metas por realizar.

Vaya por delante, también, que hay cuestiones éticas derivadas de estos hechos (v. g. límites del periodismo ante la intimidad de las personas...) que son fundamentales, y que conviene abordarlas en clase. Pero partiendo de estos presupuestos, todo lo que está pasando, todo el tratamiento que se ha dado al asunto me parece exagerado, fuera de toda lógica, de toda reacción sensata y racional, de toda consideración crítica inteligente.

A mí, cuando realmente se me puso un nudo en la garganta, la misma mañana del accidente de Lady Di, fue cuando mi quiosquera, al preguntarle cómo le había ido el verano, me dijo, con un sentimiento profundo pero contenido, que se le había muerto inesperadamente su marido: «He vivido siem-

pre con él y para él. Hemos sido muy felices. Nuestros cuatro hijos ya están casados. Estoy desorientada y sin saber cómo vivir ahora. ¡Teníamos tantos planes para el futuro...!».

A mí, lo que efectivamente estos días me ha emocionado (y conmocionado) han sido las terribles degollinas de tantos inocentes en Argelia, ante el rápido olvido, e incluso el silencio vergonzoso, de los grandes medios de comunicación y del gran público en general, que buscan otras presas más rentables y más frívolas de negocio y de entretenimiento.

A mí, lo que sí me ha llenado de perplejidad y preocupación (por citar sólo algunos ejemplos) ha sido la muerte, en la más absoluta miseria, de un hombre enfermo, abandonado en una chabola infecta de los suburbios de Madrid... Las muertes anunciadas de varios albañiles, caídos desde los andamios sin que nadie los proteja... La enorme tristeza y desesperación de los que cruzan el Estrecho para encontrar algo que comer y mueren en el intento o son devueltos con las manos vacías...

Para mí, estos casos, y otros muchos, sí tienen verdadera importancia, sí presentan una dimensión humana candente, sangrante, auténtica. Lo que ha ocurrido con la princesa de Gales (y repito que siento lo ocurrido, y que me hubiese gustado que, por fin hubiese llegado a ser feliz), no es más que la explosión de esa enorme y gelatinosa tarta de suspiros, casquería, blandenguería, nadería que nos desborda y aturde, no es más que un síntoma clarísimo de una sociedad enferma que no tiene capacidad ni coraje para crear mitos dignos de ser imitados, y se siente impulsada a crear prototipos humanos mediocres, sin entidad y sin grandeza, para identificarse con ellos.

Cuando de forma heroica, en el corazón de África, murieron asesinados hace unos meses cuatro hermanos maristas, todo el mundo ad-

miró su temple moral, su grandeza de espíritu. Nosotros mismos escribíamos entonces: «¡Hay tantas maneras de morir! ¡Hay tantas formas de dejar este mundo! ¡Tantas formas de atravesar la definitiva frontera! Podríamos decir que hay tantas formas de morir como de vivir... Han dado al mundo una lección de dignidad moral, de sencillez, de reciedumbre, de coherencia personal entre lo que se piensa y lo que se hace, entre lo que se cree y lo que se realiza...». No he visto nada de esto en la vida y en la muerte de la princesa inglesa.

El conocer los amantes que tuvo, su bulimia y su anorexia, su sonrisa tímida y estudiada, las fotografías en el gimnasio o en el yate, el saber por sus propias confesiones que había sido adúltera por despecho (sin olvidar, por supuesto, la conducta reprochable y engañosa de su marido, el heredero, que no la quiso y la utilizó), el contemplar las fotografías preparadas con la Madre Teresa de Calcuta, con un niño pobre o tullido por las minas en los brazos («aguanta mientras disparan el objetivo»), el conocer que ha donado o subastado cientos de trajes (que no le cabían en sus armarios) para obras de caridad, me parecen hechos sin interés alguno, me dejan frío, no me hablan de algo motivador o incitante, no me ayudan a ser mejor, no me empujan hacia lo elevado y lo bueno, como lo haría cualquier persona con valores contrastados y firmes, cualquier «bello y auténtico mito», aquel que fuese expresión simbólica o metafórica de las aspiraciones más nobles y profundas del corazón de la persona, aunque presentase (así es el mito) perspectivas utópicas, casi irrealizables, pero incitantes.

Creo que son necesarias unas leyes más exigentes para defender la intimidad de todas las personas, pero hay que admitir también que muchos famosos han utilizado frecuentemente a la prensa para encumbrarse más, para ganar fama y dinero, generando, a su vez, un im-

presionante negocio, de donde sacan tajada las revistas del corazón sin escrúpulos, muchos periodistas (?) carroñeros, impresentables, que sólo viven de las vísceras y de la basura más asquerosa y pestilente, y en donde comen el miserable comestible millones de lectores ansiosos del morbo y de la «nadería que flota» entre la más absoluta oscuridad de la razón y de la sensibilidad.

¡Cómo es posible, por ejemplo, que se pague con dinero público programas del tipo de *Tómbola*, por citar uno, ejemplo de encefalograma plano, burla infame de la inteligencia y del buen gusto de los españoles, en donde casposos y babeantes periodistas (?) se dedican, con el compadreo del lastimoso presentador, a airear lo más zafio y cutre de los famosos, de la forma más ramplona y ruin, siendo, precisamente, el programa sobre Lady Di el que, por lo visto, ha colmado el vaso de la indignidad y de la vileza.

Esa es la parte del mundo donde nos movemos y en donde se apoya nuestra pringosa post-modernidad. Esa es parte de la realidad que contemplamos y que, como maestros y profesores, debemos ayudar a ver e interpretar a nuestros jóvenes estudiantes. Naturalmente que hay otros estilos de pensar y vivir, y eso nos hace ser optimistas y esperanzados.

¡Y a mí que en estos momentos de confusión y debilidad insubstancial me vienen a las mientes aquellos versos de oro, magistrales, del gran Jorge Manrique, que en su melancólica belleza nos incitan a la *buena vida, equilibrada y sabia*, aquella de que hablaban los filósofos griegos, medievales y renacentistas, aquella que nos proporciona paz y equilibrio, aquella que capta el valor y el sentido de nuestra realidad existencial y nos da fuerza para seguir luchando: «¿Qué se hicieron las damas/ sus tocados, sus vestidos/ sus olores?/ ¿Qué se hicieron las llamas/ de los fuegos encendidos/ de amadores?/ ¿Qué se hizo aquel trovar/ aquellas ropas

chapadas/ que traían?)/ ... Nuestras vidas son los ríos.../!! ¿Por qué será?

## Postdata de urgencia

Con el artículo en prensa, nos llega la noticia de la muerte de la Madre Teresa de Calcuta: «¡Qué tremenda casualidad!, ¡Qué jugarreta del Destino!, ¡Los designios de la Providencia!», «Vidas paralelas»..., exclamarán algunos, entre sollozos, moralina y más hipos.

Las televisiones (sobre todo la estatal, la que pagamos todos los españoles) dedican horas en una información exhaustiva, repetitiva, lacrimógena, «plasta», a los funerales, entierro... de la princesa muerta.

Las televisiones (sobre todo la estatal, aquella que debe ser de interés público) dedican brevísimos informes a la humilde monja que ha dejado su vida entera al servicio de los olvidados, de los parias, de los sidosos, de los abandonados. Paradójicamente, al entierro de Teresa de Calcuta acudirán altos jerarcas y se gastará mucho dinero en pompas fúnebres, aquel que ella hubiese querido para sus pobres.

Ella sí que es la «reina de los pobres, pero no tiene el *glamour* de Lady Di, ni su belleza, ni sus joyas ni palacios, aunque se empeñen ahora en unirlas grotescamente, repitiendo constantemente que eran muy amigas. La madre Teresa, Premio Nobel de la Paz, una de las personalidades más generosas y luminosas del siglo, era amiga de todos, y naturalmente, también de Diana.

«No dejéis que falsas metas de la vida (dinero, poder, placer) os conviertan en esclavos y os hagan perder el auténtico sentido de la vida»,

escribe la diminuta monja albanesa-india, rodeada de la «escoria de la humanidad», de aquellos a los que nadie quiere: «Cuando ayudamos a otras personas, nuestra recompensa es la paz y el gozo, porque hemos dado un sentido a nuestra vida y ya no estamos aislados».

No cabe duda de que el presidente Chirac estuvo acertado al proclamar cuando se enteró de su muerte: «Esta noche, en el mundo, hay menos compasión, menos luz». Para ella no había creencias, ni ideologías, sino necesidades, desheredados de todo tipo, hombres y mujeres que sufrían y morían abandonados.



Leonardo Boff, el teólogo de la liberación, se expresa dolorido: «Era una santa, una mística de ojos abiertos y manos operantes, que no juzgaba, que no tenía segundas intenciones. Se convirtió en un modelo fundamental de la compasión».

Algunos han criticado lo que llaman sus métodos «médicamente incorrectos» («Yo sólo se dar amor, cariño, desvelos, toda mi vida a quien no tiene nada... Hay otras misiones que cumplir y que hacer y yo colaboro en ellas...»).

Algunos, que se enredan en palabras ambiguas y en discursos vanos, que no han sido capaces de dar de sí mismos un ápice de amor al prójimo, se atreven a decir fari-saicamente que ha hecho caridad y no ha luchado por la justicia.

A algunos no les ha parecido «progresista» que se haya opuesto con rotundidad al aborto (¿Podía hacer otra cosa quien amó tan apasionadamente la Vida?). No es nuestra intención entrar aquí y ahora a discutir sobre estas cuestiones.

Lo que sí es cierto es que han doblado las campanas casi simultáneamente en Londres y en Calcuta

por estas dos mujeres, que se ha producido una conmoción mundial en su «adiós», de signo tan distinto, que sus tumbas se han llenado de flores y que han surgido dos mitos de distinta luz: uno, heroico, granado, hondo, real, presenta una dimensión ético-religiosa sublime y atractiva. El otro, mediático, sentimental, visceral, ficticio, estético, sólo ha servido de catarsis emocional y estéril para millones de personas que no saben muy bien a dónde van, por qué reír, ni por qué llorar.

De ambos, creo yo, hay que hablar a nuestros alumnos/as para que conozcan el mundo en el que viven, forjen sus propios juicios de valor y vayan siendo críticos ante la realidad que les rodea.

Queda en mi memoria aquello de que «el amor no tiene sentido si no es compartido. Amar es obrar sin esperar nada a cambio... El amor verdadero no pone condiciones ni alberga expectativas...». Lo mejor del caso es que no son meras palabras, sino que su autora, una insignificante monja, las hizo realidad durante todos los días de su vida e iluminó la Tierra.